



EL SECRETO
DE LENA

Clarisa Ligarde

Índice

[PARTE I: La llamada](#)

[PARTE II: Volver a Derma](#)

[Nota de la autora](#)

Regalo para los lectores

Si todavía no has leído uno de mis libros, aquí tienes *La última noche: Relatos del corazón (Bestseller)*



[DESCARGAR YA>>](#)

Título: *El secreto de Lena*

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, u otros métodos o soportes, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 t sges. Del Código Penal).

© Clarisa Ligarde, 2019

www.clarisaligarde.wordpress.com

©Fotografía de portada de Stockvault

© Diseño de portada, Clarisa Ligarde

ISBN: 978-84-16688-25-8

EL SECRETO DE LENA
escrita por Clarisa Ligarde

L

La llamada

Permisivos dedos, ocultos tras paredes intercaladas, introducen miel cristalizada en el camino que precede al habla. Esperan sabiamente el momento. Dócil acecho: esquina o frío pasillo, mota en el suelo. Mis papilas gustativas segregan dulzor líquido; pocos minutos después, una recóndita sudoración entre los pezones y bajo el ombligo. Recuerdo de la niñez recurrente y quebradizo... Aún hoy, muchos años después, mi corazón palpita espinoso. No evoco los cuentos de madre al borde de la cama, ni la estufa en invierno acogiendo los pies repletos de sabañones bajo las mantas. Aquel cuadradito caramelizado y amarillento envuelto en papel grisáceo... Una y otra vez... Desbrocé su sabor como la maleza es arrancada en lluviosa primavera. Una silueta masculina a la que no alcanzo a ver el rostro es el eterno fantasma de mis sueños; alto y fornido, esquivo, conocedor de los ángulos que proyectan las sombras en cuartos pequeños.

Despierto en una habitación de hotel, la luz intermitente a través de la persiana anuncia un día soleado; a la izquierda, aparador de ébano y manecillas en mármol esculpidas. El colchón de doble capa visco elástico, por fortuna, tuvo a bien ser aliado de mi sueño: logré echar una cabezadita después de días de insomnio. *Figuras chinescas*... El edredón floreado engulle mi cuerpo. La nuca busca la caricia de la almohada. Hundo el cuello con ganas. Oigo el agua de la ducha correr frenética, siento una gravedad plomiza en los pulmones de tanto concatenar cigarrillos. Me palpo aturdida las sienes; las ojeras, amoratadas, quemadas mordientes.

Andrei, mi último amante. Me mira azuladamente desde la puerta del baño. Ruso, metro ochenta, barbilla partida y mentón pronunciado. Frente taciturna y poblada de arrugas horizontales, ojos hundidos pero expresivos. Poco conozco

de su pasado.

—¿Pudiste dormir algo?

—Más de lo que cabría esperar.

La ventana de la habitación ha sido abierta; entra el susurro del sol en forma de viento fresco. Es más de mediodía, inspiro el olor a abeto procedente de un bosque húmedo y sombrío, no muy lejano. Noto la mandíbula inflamada. Bostezo dolorida. *Lengua pastosa y etílica...* Un amargo dulzor abre quemazón de arriba abajo, en mi cuerpo. La sensación merma los recuerdos. A pesar de contar con treinta y cuatro años, sigo siendo niña asustadiza. Me examino bajo las sábanas: estoy desnuda. Aún brillan los jugos del sexo abajo. Tengo la mano derecha vendada. Me sobreviene un dolor punzante en la palma. Sacudo la cabeza hacia atrás fuera de las mantas en una de mis poses altivas, sé que es del agrado de Andrei.

Andrei se acerca cubierto con una larga toalla atada a la cintura. Siempre que puede aprovecha la ocasión para mostrar sus bíceps y torso musculados, forman un curioso retablo de tatuajes de estilo gótico: en el centro del pecho, una puesta de sol con aves sobrevolando el horizonte bajo una estrella de tres puntas; más a la izquierda, un par de calaveras y varias insignias militares, coronadas por un monasterio ortodoxo de tres cúpulas con su correspondiente Virgen y; en el regazo, el Niño benefactor.

Suelo encontrar placer en hidratar los dibujos con aceite de aloe vera después de que Andrei tome una ducha; pero hoy no, hoy no tengo ganas de nada. Andrei me besa en el cuello, allí donde la nuez creció en vacío por eso de ser mujer.

Sigue siendo apasionado amante. Le conocí a la salida de una discoteca en pleno diciembre, hace tres años. Me miró el trasero con insistencia y exhaló profundamente humo de un cigarro. No hizo falta más, últimamente yo había caído en la cama de chicos mucho más jóvenes. Me acerqué a él, vi que era más mayor y le invité a una copa. Pensé <<No me pedirá mucho>>. Y así fue: amante suficientemente fogoso y comedidamente insano, solo adolece del vicio del tabaco y algún que otro trago de whiskey sin hielo, en vaso pequeño. Durante uno de nuestros primeros encuentros, aún sofocado por el clímax

sensual, me confesó que había sido adicto a la heroína. “Mala vida”, pronunció con su acento afilado. Yo ya había intuido esa herida al chocar su cuerpo contra el mío. Nada era suficiente.

En el vacío desgastamos un deseo inhumano, un ansia que nos dominaba de una u otra forma. Entonces, entendí que seguiría junto a él por mucho tiempo. Para mi sorpresa me ha dado buena vida: generoso y adinerado, me colma de regalos, jefe de una empresa de seguridad en Madrid. Vivo ajena a sus chanchullos por callejuelas.

Andrei me coge de la barbilla y hace un gurrño de mis labios. Los besa.

—Levántate, anda, son más de las tres. —Me suelta haciendo que mi rostro se precipite sobre la almohada—. Luego lo pasas mal con los reproches. —Tira de las sábanas hasta hacer de mi piel un buzo granulado.

La sangre vuelve a erguirse cabeza abajo, mis pies fríos entran en contacto con el suelo de madera climatizado. Me duele la vejiga. *Vidrio dilatado...* Anoche bebí como si fuera el último día de mi vida. Me precipito al baño. La baza de porcelana rosácea se convierte en un pozo entre mis muslos. Derramo un orín denso, casi cristalizado... Entorno lo ojos, la luz que ilumina el espejo sobre el lavabo me deslumbra. El cristal empañado muestra un rostro lejano, no me pertenecen el mofletudo oval ni la rubia melena que enmarca las espesas cejas color castaño. Pestañeo para aumentar la nitidez en las pupilas y el aguamar que las rodea. Alzo la barbilla, orgullosa de mis carnales labios. Pero pronto tuerzo el gesto: en el maxilar izquierdo late punzante un rojizo moratón. Golpe a través de los recuerdos...

—¿Quieres un té? —pregunta Andrei desde la otra punta del dormitorio.

—Sí —musito.

Tras de mí intuyo la sombra del pequeño galán de pino oscurecido. Hace tres días sobre él preparé la chaqueta y el pantalón de mujer confeccionada a medida, calidad “Caschmere”, ciento ochenta, color azabache. Refresco mi nuca bajo el agua que sale del caño. El pecho torna en tosca piedra. Deseo gritar con todas mis fuerzas, sin embargo, ningún quejido sale de mi boca. Con el paso de los años la angustia ha llegado a ser crónica y silenciosa.

Plancha con la mano la solapa de la americana de fina lana negra. Un mes

antes, las paredes de mi pequeño apartamento de soltera vibraron quejumbrosamente, el teléfono en el recibidor no dejaba de sonar de manera insistente.

Cien metros cuadrados de techos altos sin apenas muebles hacen que las habitaciones padezcan de eco, cualquier pequeño zumbido es multiplicado por mil entre el suelo y el techo. Recuerdo que me resistí a coger el auricular, todavía embriagada por la pesadez de la siesta. Arrebujé mi cuerpo bajo los cojines del sofá color melocotón, miré hacia la ventana. Era atardecer. Desde donde estaba podía ver la esquina de la pequeña piscina comunitaria a la que soy aficionada a zambullirme durante los sofocantes veranos asfálticos. <<Aún queda mucho>>, pensé. Entonces, el invierno se prolongaba sobre los días de primavera amenazando con ser perpetuo, y yo perdía toda esperanza de disfrutar de los rayos del sol en la tumbona antes de que la urbanización fuera invadida por los turistas.

Hojas secas en el fondo del estanque, moscas por la helada nocturna muertas...

Malhumorada arrastré mi cuerpo hasta el estrecho mueble de la entrada, repleto de sobres sin abrir. Descolgué el teléfono.

—¿Lena?...—La voz sonaba rota y lejana—. ¿Estás ahí? —insistió.

Sentí un vuelco en el estómago, de inmediato me di cuenta de quién decía aquellas palabras. Hacía diecinueve años que no escuchaba aquella voz. Tenía algo de “grijo”. A mi padre siempre le caracterizó, era fumador de puros empedernido.

—Sé que me escuchas... ¿Por qué no contestas?

Me deslicé cual lagartija por la pared hasta mal sentarme en el suelo. Dejé caer el teléfono al suelo. No sé cuánto tiempo estuve así, un minuto... quizá dos. La pulsión de mis latidos sabía a sangre en mi lengua.

Siempre he presumido de poseer el sentido auditivo de un gato, en ese momento me lamenté de ello. El silencio en el piso era ensordecedor.

Mis tímpanos percibieron de manera precisa el sonido hueco y chillón de las dos últimas frases, salían a poco menos de un metro de mí del auricular: “Ven a verme... .. Me... me muero”.

Retomé el teléfono:

—¿Papá?... .., ¿sigues ahí?

Lena soy yo, el ojito derecho de mi padre.

Recuerdo los días siendo yo muy niña, con solo mirarnos nos entendíamos. Me cogía de la mano y paseábamos durante horas por el bosque que se extendía cerca de casa; recogíamos moras salvajes bien entrada la primavera y setas durante las primeras lluvias otoñales. Con él aprendí la raza de las avefrías, las codornices y avutardas; descubrí un ciervo junto a sus crías. Le atosigaba con preguntas sobre cada planta, cueva o especie animal que encontrábamos en el camino. Él era quien, cuando no podía dormir, me acercaba un tazón de leche bien caliente a la cama y me preguntaba: “Hija, rara te noto... ¿Por qué no duermes bien desde hace días?, ¿cuáles son tus fantasmas siendo tan niña?”. Fue el único que intuyó mi secreto pesar, y yo le respondí a ello con lealtad. Por eso no le desprecié cuando fue víctima del alcoholismo años más tarde. Muchas veces me decía llorando, babeante: “¡No merezco tu cariño! El diablo del vino se ha hecho de mi sangre. ¿Qué puedo hacer?”. Ganadero de manos toscas y piel curtida, siempre fue hombre de buen parecer; pero enseguida su rostro se inflamó y enrojeció. Enfermo etílico... Perdió los caninos y el buen humor. Apenas paraba por casa, repartía su tiempo entre los pastos, la tasca del pueblo y los burdeles; cuando regresaba, las madrugadas se alargaban entre gritos de reproche y palizas a mi madre en la alcoba. A los hijos jamás nos puso la mano encima. Mi madre... mi madre nunca me perdonó que conservara afecto hacia él, pero yo era demasiado niña para tomar partido, egoístamente quería conservarle como padre; su cariño era el baluarte que atesoraba mis felices momentos por las praderías. Muchas noches, cuando despertaba empapada en sudor de mis pesadillas con aquel sabor a miel en mis labios, me tranquilizaba evocar la mano de él guiándome por los senderos misteriosos y empedrados, rodeados de niebla. Nada había de temer, él me guarecía.

Escuché cómo la línea de teléfono comunicaba durante media hora, mantuve

la mirada perdida, quería vaciar mi alma, llegar a la nada, hasta que de un impulso nervioso arranqué el cable de la toma de electricidad. Cada vértebra de mi cuerpo empezó a pesar como el acero, a duras penas pude arrastrarme hasta el sofá. La voz de mi padre -“El Suso” para los amigos- tantas veces añorada y de la que, voluntariamente, me había alejado cuando tenía quince años, había despertado el escalofrío recóndito. Aún hoy, días después, me persigue esa sensación. No moví ni un músculo cuando Andrei llamó más de una decena de veces al móvil al ver que no acudía a la cita de la diez en el pub Booth, tampoco cuando echó la puerta de entrada abajo creyendo -como me explicó después- que, por algunos de sus asuntos, yo había sido víctima de un ajuste de cuentas.

Al verme pálida, ojeriza y hundida entre cojines nada dijo, me cogió en brazos y me llevó al baño. El agua templada y las sales aromáticas me ayudaron a ser consciente, otra vez, de mi carne y de mi piel. Pestañeé, cuando tuve la intención de hablar, Andrei me mandó callar; camino de la cama me desnudó y me hizo el amor. Se lo agradezco, esa noche las palabras hubieran abierto una brecha entre los dos; si hubiera llegado a mostrarle mis verdaderas inquietudes, él, difícilmente, hubiera podido cubrir las expectativas.

Los movimientos y pensamientos que he llevado a cabo después de esa llamada; mis actitudes, afectos y decisiones, han sido simulados.

Llevo días siendo consciente de todo e inconsciente de nada, sucumbí a la voz de la conciencia, respondí a lo que se esperaba de mí.

El avión desde la capital al pequeño aeropuerto comarcal tarda apenas una hora; de ahí, conduzco acompañada por Andrei un coche alquilado hasta el Hospital General de Cubilla; casi choco contra un tractor que surge de la nada a la salida de la autopista. Mis sentidos aún están adormecidos por el efecto de la pastilla de Tranquimazin que he tomado en la hora del desayuno. Andrei insiste en conducir, pero yo prefiero sentir, de alguna forma, que todavía tengo el control de aquel viaje.

Sexta planta, habitación 603. Al subir en ascensor en algunos tramos avivo el deseo de quedarme encerrada dentro. Sin embargo, al mismo tiempo ése es el miedo que guardo en mi interior. Pasillo central a la izquierda. Por todos lados huele a comida recalentada. *Arcadas*. Abro la puerta de la habitación. Andrei espera fuera; no le permito conducir ni hablar ni besarme ni proponer un sitio para comer ni intentar calmarme... Nunca ha conocido a esta Lena, sombría y distante. Me mira desconocido, antes de dejarme ir sola, ha buscado mi mano, como si en el tacto pudiera reconocer a aquella que hace semanas era para él.

Solo quiero que esté ahí, eso es lo que necesito.

Mi padre comparte el cuarto con un moribundo. Las cortinas de los boxes están corridas. No se oyen las voces de los familiares, al otro lado. Me digo que debe ser triste morir así. A solas. Mi padre respira muy débil, recostado sobre la cama que da a la pequeña ventana. Mira a un horizonte perdido. Quiero ver ese horizonte, pero sé que es imposible, el brillo de su mirada se ha diluido como un riachuelo en un mar invisible. Su tez es grisácea. Una joven morena de ojos saltones y melena negra está sentada a su lado. Maika. Poco más de veinte años, rolliza. Es la cuidadora contratada por la familia. Antes de la visita me he cerciorado de todo. Mi madre permanece en el pueblo, ninguno de los días durante el ingreso ha subido al hospital. Está frágil de los nervios y el médico le ha recomendado descanso y evitar cualquier disgusto innecesario. Me es difícil imaginarla como una mujer debilitada. Mi hermana Clara es quien cuida de mi padre en el turno de la mañana. Raúl, el mayor de los tres hermanos, se encuentra en Canadá. Tardará días en poder eludir sus responsabilidades como arquitecto y viajar a Derma.

—¿Ha comido hoy?— pregunto a Maika. Ni si quiera me he presentado. Pero no importa. «Aunque nunca me haya visto, sabe de mí».

—Sí, un poquito de sopa y algo de merluza cocida —contesta algo confusa.

—¿Bebe agua?

—Le han puesto suero aunque me han dicho que le refresque los labios de

vez en cuando —explica con dulzura dominicana.

Sustituyo a Maika en la silla, que sale animosa al pasillo.

—Me vendrá bien moverme un poco.

Andrei se encarga de dar las explicaciones oportunas a Maika, un sobre con dinero hace el resto para ocultar mi presencia de esa tarde allí.

Al acercarme a la cama, mi visión suda, mi voluntad se quiebra; apenas identifico alguna facción de mi padre en aquel saco de huesos que yace a escasos centímetros de mí. Una máquina marca débiles latidos. Le miro con miedo, de soslayo. Quizá conserve del brío de juventud la nariz orgullosa y aguileña, las pobladas cejas, el lunar debajo del lacrimal derecho, las grandes orejas, los finos —casi inexistentes— y atractivos labios. Laten como lánguidas protuberancias en el inflamado esqueleto. Dos bombas de oxígeno le aportan sonrojo en los carrillos. Temo acariciarle; aún así, tomo su mano queriendo no despertarle. La morfina hace de él un bello durmiente en espera.

—¿Cuál es tu sueño?—, le pregunto sabiendo que no obtendré respuesta.

De súbito, su tacto anuda mis dedos. Está frío, demasiado frío. Casi duele tocarlo. Llevo la atención a su pecho. Respira sosegado. El afecto agarrotado late bajo la piel a punto de languidecer. No encuentro los callos bajo los dedos que tanto me gustaba palpar de pequeña: <<Hace tiempo que no tomas el bastón ni sacas a pasear las vacas por la vereda>>. Quiero hablarle, aunque no me escuche, aunque esté sumido en el silencio. Me alegro de haber ido a verle. Pocos segundos después quiero salir de allí corriendo.

Agradezco la visita del doctor a media tarde.

—¿Es usted la hija? —pregunta con curiosidad tras unas gruesas gafas.

—No —miento—, solo soy su sobrina. —Me levanto de la silla. Al ver entrar por la puerta a José, amigo de correrías de mi padre, no me arrepiento de mi huidizo comportamiento. Cuando nos cruzamos me mira insinuante, poco queda de la Lena delgaducha, de pelo corto negro y poco pecho. Desde hace años luzco una melena rubia, mis caderas han ensanchado y dos voluptuosidades asoman en mi escote. Fue un capricho de uno de mis amantes. Nunca había sido partidaria de ponerme las prótesis de silicona pero él insistió. Y suelo complacer todas las insistencias. Mi alma y mi carne hace

años que no me pertenecen.

Salgo sin saludar al amigo de mi padre, tomo a Andrei de la mano y marchó del hospital convencida de no regresar jamás.

En las visitas que se suceden soy silueta. Entro en la habitación a las tres, Andrei entrega a Maika el sobre con dinero. Mi padre a esa hora ya ha sucumbido al sueño, fatigado de sonreír a la Muerte para que aún no le lleve lejos. Me quedo en una esquina cerca de la puerta. A eso de las cuatro, cuando todos duermen la siesta, me acerco y le acaricio las muñecas. Musito en su oído: “Soy yo, Lena. Estoy aquí... .. Te quiero”. Le beso en la frente queriendo que mis labios calienten su fríísimo cuerpo.

Permanezco en la habitación hasta que atardece.

Maika me da el parte diario: cada vez come menos, apenas dos cucharadas de yogurt y algo de sopa. “Es duro de roer”, el doctor comenta, no se explica cómo el corazón de mi padre puede seguir latiendo después de los micro infartos. “Misterioso instinto el de supervivencia”. Alza sus puntiagudas cejas.

Al palparle la muñeca noto el cuerpo de mi padre más seco y ahuecado.

Al día siguiente, cuando llego a la habitación, el compañero ya no está, han descorrido las cortinas y la cama está vacía. Semiconsciente, mi padre vomita sangre en una bacinilla ayudado por Maika. Me acerco y sostengo a mi padre.

Pido a Maika que no se marche, no me veo con fuerzas para quedarme a solas con mi padre. Presiento su alma deambulando entre las cuatro paredes de aquel cuarto, cerca de mí, aunque descansa doliente en aquel organismo sumido en el suplicio.

Al retirar las sábanas para cambiarle de mudas Maika y yo nos damos cuenta de que la hinchazón en el abdomen ha aumentado.

Son las seis. Aún no ha venido el médico. Me acerco a susurrar a mi padre el afecto que por años renuncié a sentir. Al tomarle de la muñeca se rebela, toma la mía con fuerza. Abre los ojos por primera vez. Alcanza a musitar:

—Mi pequeña Lena... .. no me dejes morir aquí... llévame a Derma.

Derma... En la aldea de apenas trescientos habitantes pasé mi infancia, allí mi padre y yo respiramos la esencia del tupido bosque de eucalipto, no nos cansamos de pasear de la mano a lo largo de abruptos senderos de bruma y espigas: fueron los años más felices de nuestra vida, de su recuerdo hemos alimentado el cariño.

Es curioso cómo una lleva a cabo promesas sabiendo que no obtendrá a cambio ninguna redención, sino todo lo contrario.

Tuve que tranquilizar a mi padre, jurarle que me ocuparía de él y le llevaría de nuevo allí. El médico había dicho que apenas le quedaban horas de vida...

La agonía duró más de lo previsto: me vi abocada a Derma y sus horas muertas.

Volver a Derma

Esta vez, Andrei conduce. El Bugatti Galibier color champán supera los doscientos kilómetros por hora. Atravesamos una estepa llana y rocosa interrumpida por algún caserón dedicado al ganado equino. Apenas me atrevo a mirar por la ventanilla medio abierta. Percibo el inconfundible olor de la niñez, esa mezcla entre rosal y abeto humedecidos. <<Pronto asomarán las montañas>>. Un vuelco en el esternón. Mi corazón palpita con demasiado ahínco. La curva de la carretera bifurca peligrosamente hacia la derecha. <<¡Allí están!>>. Los Montes Yerma erigen abruptos como dos guardianes rocosos a los lados de un diminuto templo, entre una bruma rojiza. Asoman las primeras casas de paredes blancas y altos ventanales en lo alto de la loma. Cierro los ojos, visualizo la cuesta con las callejuelas empedradas y las charcas, con los aparejos tirados en el suelo y las barquitas volcadas en el fondeadero; con los tejados rojizos y los canelones cubiertos de musgo, con las albarcas a las puertas de las casas y los perros ratoneros, con los adobes salpicados de sangre durante la matanza del cerdo y la leche desparramada de las botellas de cristal porque algún niño ha chutado sin querer un balón de fútbol; con el griterío y el silencio. Cruzamos el estrechísimo puente que comunica la gasolinera del pueblo con el puerto. Un camión refrigerado “Pescadería Chopitos” avanza hacia nosotros a toda velocidad. Andrei frena por temor a ser embestido y da un volantazo hacia la izquierda contra un montículo de redes.

—¡Lo que nos faltaba, nada más llegar! —grito a Andrei.

El mar azuza con fuerza, la flota pesquera espera amarrada en el puerto a la espera de que amaine el temporal. Las cabezas de los marineros asoman por el ventanal el bar La Perra. Quiero alejarme de allí pitando; desde el asiento de copiloto apuro la pierna hasta pisar el embrague para accionar la marcha atrás. Los neumáticos resbalan sobre los viejos adobes. Fuerzo a Andrei a girar el coche hacia la plazoleta, lo que provoca que nos llevemos por delante

varias de las sillas donde los pescadores se sientan a cebar el aparejo.

El motor ruge en la garganta, mis sienes trituran la grava del camino. Culminamos la cuesta más empinada de todo Derma. Andrei detiene el vehículo.

—Mantén la calma. No quiero verte así.

Ni si quiera soy capaz de mirarle. Siento precipitarme en forma de lluvia hasta ser raíz subterránea. Mis ojos se dirigen al otro lado de la ventanilla del coche como un imán. El tallo aprisa fructifica. La casa paterna “Los Torreznos” se erige lustrosa y fría, dos plantas y un largo mirador de madera en el lateral izquierdo; las paredes se muestran resbaladizas debido a la persistente humedad que siempre se respira. Las quinientas hectáreas de patatal y la pequeña granja porcina aledañas resisten inquebrantables al paso del tiempo; conservan el mismo verdor pardusco y la misma tejavana de madera carcomida. Más a la izquierda, sonrían las torcidas escaleras de losas azules en las que tantas veces tropecé al precipitarme a dar abrazos o puntapiés; tras los peldaños, el portalón acristalado protege de vientos calmados la puerta de la casa, como si fuera una enorme cerradura de roble y custodiara decenas de almas. Entre sus muros mi abuela Beatriz crio una familia numerosa de hijos bastardos, todos varones y entre sí extraños, cejijuntos y de ademanes amilanados. Se ganaba la vida vendiendo patatas y tocino frito a los marineros; el crujiente era conocido en las poblaciones colindantes.

Un hombre aparece en el espejo retrovisor de la puerta del copiloto; sus andares son pesados, viste buzo azul de gran calzón y albarcas. Sostiene un bastón. Tendrá unos cincuenta años. Mira ceñudo al coche, mientras se acerca.

Enjambre de abejas en las paredes de mi intestino, sabor a miel en mi boca, sabor a piedra...

Me hundo en el asiento del coche. Una enorme vaca pinta muge demandando la atención del hombre, unos metros más atrás.

El bastón sobre el lomo responde, la res se revela y desciende a buen ritmo la cuesta.

—¡Ven aquí, condenada!

El olor a boñiga junto al hombre se alejan.

<<No es él. No hubiera desaprovechado la ocasión de ser el primero en saludarme>>. Abro la puerta del coche.

—¿Quieres que te acompañe? —Andrei da la última calada al cigarro.

Niego con la cabeza.

Un mar embravecido parece agitarse en el cielo, las nubes murmuran enigmas mientras suspiro a la hojarasca arremolinada en el suelo. Mis tacones de aguja marcan volátiles huellas. Me veo a mi misma fuera del cuerpo, frente al gran caserón de piedra “Los Torreznos”. La finca mejor situada de toda Derma. «Nunca pensé volver aquí». El jersey negro de angorina irrita mi piel en los bordes del escote en pico. Una cruz de oro preside mi pecho. Mientras asciendo por las escaleras abotono la chaqueta de algodón. Hace frío, un frío que nada tiene que ver con el tiempo húmedo y pegajoso que parece querer languidecer en las hojas de eucalipto que asoman en la curva de la cuesta. El cinturón que sujeta mi falda flojea; el estómago cerrado durante días ha mermado la carne en mi cintura y mis cartucheras. Respiro hondo y me quito las gafas de sol. Aunque el cielo está azulado, creo ser asediada por las sombras. Siento hormigueo en las piernas. Busco el timbre del portalón, el pulso tiembla, solía dar con él a mano izquierda, más alto de lo normal. << Pero dónde está?...>>, me lamento. Está camuflado bajo varias capas de pintura renegrada. Me tengo que alzar de puntillas para pulsarlo. Estoy tan nerviosa que ni lo oigo sonar, miro hacia el coche: <<Si Andrei agita la mano vuelvo corriendo allí >>. Pero Andrei me mira con sus ojos azulados sin hacer ningún gesto. ¿O soy yo que ya no percibo la realidad? Vuelvo la cara al zaguán. Unos ojos tristes y amarronados me están observando a través de unas gafas emborronadas por las lágrimas. Pelo rapado, boca contraída y brazos cruzados. La mujer que tengo frente a mí viste un delantal de cuadros anaranjados y vaqueros, anda en zapatillas. Tres lunares crean el espejismo de un triángulo en el pómulo derecho.

Mi hermana solía ser rellenita y risueña; ahora, su semblante es seco, aparenta más edad –unos cuarenta-, y está muy delgada. Se frota las palmas de las manos contra los pantalones –es un gesto muy suyo, de infancia- , luego,

abre la puerta. No me reconoce hasta que me inclino para besarla, en la mejilla, como nos enseñaron, sin marcar mucho los labios.

—¿Lena, eres tú? —pregunta mientras me mira. Asiento con los ojos—. Me habían dicho que habías llegado pero no me lo creía. —Me toma la mano—. Ven, pasa.

Las suelas de mis zapatos de tacón suenan huecas contra el suelo de madera; lo que suponía del todo imposible ha sucedido: la raíz crece invertida en mí. Atravieso el recibidor de techos bajos teniendo la sensación de dejar atrás la vida. El pasillo da al salón. El espacio se agranda, abre a cuatro corredores que dan, a su vez, a un cuarto. Temo que alguna de las puerta se abra de forma repentina. <<¿Seguirá él aquí?>>. *Nuca escurridiza...* Avanzo por la galería queriendo ser alimaña. Mi mente es cómplice. Mi habitación... La comodidad del colchón rosa y abotonado, el pequeño escritorio frente al reducido ventanal, el sol en verano tostando la siesta en mi espalda, mi libro favorito – *Luciérnagas*- sobre la mesilla de noche; el mapamundi clavado en el mural de corcho –repleto de chinchetas que señalaban lugares exóticos-, el bote de cristal rebosante de margaritas, la muñeca Eriza –medio desnuda, calva y sin un ojo-, la caja de lápices; algunos poemas emborronados de mi puño y letra tirados en una esquina, la goma verde de borrar... Todos esos objetos se fueron difuminando. Yo era una niña en constante alerta; llegó un momento en el que solo existían el roce inquieto de mis pies bajo las sábanas, el ruido de pasos desacompañados, las lágrimas ahogadas, el desvelo. La grieta luminosa en la puerta, el hombre sin rostro aguardando, entrando a hurtadillas en la oscuridad del cuarto...

... Los leotardos atados a traición a modo de venda en los ojos, la dentera en el ombligo, mis manos resistiendo las caricias, los pataleos, los gritos de silencio. El sudor de terror y usurpación... y, de vez en cuando, aquel sabor a miel en mi lengua...

No quería crecer, dejé de comer para mantener pequeños mis pechos y no sangrar cada mes.

Tropiezo con un caldero repleto de carbón, que me rescata de aquellos recuerdos que me han paralizado. Clara me dice que espere y desaparece de

puntillas tras la puerta de roble. Intuyo rezos de rosario dentro. Conozco de sobra la estancia, una pequeña habitación interior de baldosas naranjas y blancas, que antecede al dormitorio conyugal. Fresca. Sombría. Estrecha como el túnel del castor. Allí mi padre solía pasar las borracheras, solo, sobre un destartalado sofá de ante marrón. Mientras espero, contemplo el techo del pasillo, la casa apenas ha sufrido reformas, las paredes necesitan una capa de pintura y tiene numerosas grietas que se entrecruzan igual que pequeños afluentes, están a punto de convertirse en un solo río. Pequeñas alfombras de mimbre aquí y allá ocultan los desperfectos que mis tacones han detectado al pasar sobre la tarima, algunas vigas parecen haber cedido debido al paso del tiempo. Un robusto armario esquinero culmina la galería. Después de varios minutos que se me hacen interminables, mi hermana se asoma con gesto aliviado por la puerta. Me hace un gesto con la mano.

—Pasa.

Han instalado una antesala a modo de capilla, algunas personas, arrodilladas sobre duros bancos, rezan por el alma del moribundo. Con el corazón en un puño, vislumbro el umbral donde aflora la cama mortuoria. Huele a incienso dulzón. Una melancolía agria se mezcla en mi lengua. La sombra de un cirio encendido sigue mis pasos hacia la cabecera de la cama. Presiento, a mi izquierda, una silueta delgada y espigada. Miro de soslayo: media melena, corte recto y sin flequillo, falda y jersey amplios. «No ha cambiado nada». Mi madre me escudriña impertérrita postrada sobre una de las sillas de mimbre que han colocado alrededor de la cama para los familiares; el brillo de sus ojos negros atraviesa la misma oscuridad que tiritita en las sombras que se proyectan, siento sus pupilas inquisitivas a través del velo de luto que cubre su rostro. No dice nada. Sin quitarme la vista de encima, besa, rígida, el pequeño crucifijo de madera que siempre lleva consigo. Un gesto muy propio de ella. La religión y la eucaristía siempre han sido su refugio.

Mi madre no soportaba mi silencio en la mesa ni mi mirada ausente, mis

vómitos ni mis repentinos desmayos, el afecto hacia mi padre... A los trece años, optó por ingresarme en el internado de las Monjas Agustinas en Gonte, a doce kilómetros de Derma. Apenas me venía a buscar los fines de semana, tampoco permitía que me visitara ningún hermano. La miel caramelizada pasó a ser crucifijo de acero. Descubrí lo que era la culpabilidad, el castigo. Hubo un tiempo en que la espiritualidad me llenó de sosiego, pero demasiado niña fui concedora de carnal cuerpo; sonrojos inesperados delataban mi secreto: yo culpable, yo deseando ser Virgen María. <<Sin remisión al infierno voy >>. A todas horas sentía mi alma mortificada. Fui una alumna brillante. Pero nunca era suficiente; una intranquilidad insana dominaba mis pensamientos. Las caricias de las feligresas me asqueaban, aunque respondía a ellas con sonrisas: <<Pobrecitas, me creen su hija >>. ¿Qué había en mí que me hacía ser así? Durante la adolescencia, la ansiedad se apoderó de mí: rehuía las actividades fuera del internado, el resto de niñas me veían como un bicho raro, siempre pensativa; me sentía terriblemente sola, pero evitaba estrechar lazos con cualquier persona que se me acercaba. La desconfianza había germinado en mí casi de una forma diabólica. El ingreso sin visitas, la disciplina, la represión en mi cuerpo, los ensueños... poco a poco hicieron mella en mí. Ni si quiera era capaz de concentrarme en la lectura, la única afición que conservaba de cuando era una niña. A los quince años, antes de comenzar las vacaciones de verano y regresar al pueblo, con una maleta y un poco de dinero que había conseguido bordando sábanas en la sección de costura para las monjas hice autostop hasta la capital. A nadie revelé mis intenciones, ni si quiera a Clara, aunque en el fondo sabía que estaba pendiente de mí. No quería volver a casa bajo ningún concepto; no soportaba a mi madre tratándome como una extraña mientras mi padre -borracho- enmudecía.

Un trío de estampitas sobre el almohadón guardan sueño a la incipiente calavera. Mi padre respira lánguido. Noto su agitación bajo las sábanas. Al sentarme cerca de él, la silla chirría. Devotas almas alzan las caras. <<Perdóname, aquí, delante de todos, no me atrevo a hablarte >>. Acaricio su piel herida de muerte, las venas de su mano fluyen violáceas. Fósil de lejana alma, la boca del ataúd abre a la garganta. Pestañas secas, tez macilenta,

cuello amoratado, producto de otra cadena de micro infartos; los pulmones respiran ruidosos, hambrientos de un cuerpo más jubiloso. <<En él no hay dolor, en él no existe padecimiento>>, me digo a mí misma para tranquilizarme.

Agnóstica, recurro al Padrenuestro. Las palabras brotan en mi boca mecánicamente, me siento niña otra vez. Mi madre frente a mí no deja de acariciar el rosario y murmurar esas mismas palabras. Los estertores de mi padre parecen más ruidosos, ¿o está a punto de estallar mi cabeza? Tengo la sensación de que nada mitigará los recuerdos que asedian mi mente y que son tan dolorosos. Pero, ¿tras la muerte de alguien que amamos no son los recuerdos lo único que permanece vivo? Yo evito recordar desesperadamente. ¿Por qué?

Ver a mi padre una última vez... ... en ese estado... No quiero. Rehúyo mirar más allá de las sábanas. Mi vista otra vez se nubla, alguien me agarra de la muñeca: “¿Te acuerdas quién soy?”. Tira de mí. Sobre la frente de mi padre derramo un último beso: <<Siempre tu cariño perseguí, aún estando lejos de ti>>. Me alejo de su lado sin querer queriendo. La oronda mujer, no para de hablar, me guía entre los extraños de la estancia. Al salir cierra la puerta. Casi es un alivio sentir cómo el sonido de los estertores de mi padre disminuyen. Puedo pensar así que su alma se ha desprendido de aquel cuerpo sumido en la agonía.

Horas muertas, chasquidos en las orejas, dedos abriendo latas de Coca-Cola, encías inflamadas bajo restos de galletas, lenguas hablando de guapurás y “feuras”, de nietos y bisnietos, salivando la partición de tierras antes de que el cuerpo del moribundo se rinda a la muerte. Berta, así me ha dicho que se llama la mujer que me ha arrastrado hasta allí -¿jugábamos juntas de pequeñas, en el cobertizo?, ¿recuerdas?-. Dice que es mi prima lejana; me sienta frente a una mesa camilla repleta de tazas de cafés y azucareros. Té caliente para la ronquera y luz de una vela para propiciar descanso a las irritadas retinas. Una a una, las sombras familiares pasan ante mí, agitan mis hombros, me palpan la cara como si en el tacto desapareciera el tiempo que nos separa. Sonríen siniestras. “Tu prima Marta, la recuerdas, sí hombre sí, jugabais juntas en el

Corro del pueblo” “¿Y Mauricio, tampoco te acuerdas de él?” “¿Cómo no!, mi profesor de religión” “Mira, tu tío Fermín, hermano pequeño de tu madre, ha llegado ayer de México después de mucho tiempo y de hacer riqueza” “¿Y lo guapa que está tu prima Belén? Se parece a tu bisabuela”. “¿Has pasado por Albufar y comprado algo de tarta en la pastelería de Sebas? ¡Su hojaldre es el más rico!”. Preguntan, incansables, por mis años de ausencia. “¿A qué te dedicas?”. ”Maestra”. Miento. “¿De qué?” “De Literatura Española”. Mi sueño de juventud, un sueño que he atesorado como un imposible. “¡Ah!, ¡qué bien!” “¿Dónde das clase?” “En un instituto a las afueras de la capital”. Desprecio su interés pues es en el desprecio donde he encontrado el consuelo. <<Si supieran...>>. En cierta forma es verdad, estudié la Licenciatura de Literatura y Letras en la Universidad a distancia, mientras vivía con mi primer amante: Maute, veinte años mayor que yo. Seis duró el idilio, los dos primeros yo era la limpiadora de su piso de soltero. Cuando me vio por primera vez entrar por la puerta con los bártulos de limpieza mi inocencia ya era salvaje, se hizo el encontradizo en el umbral del salón cuando se disponía a acudir a su puesto de trabajo en un Instituto como profesor de lengua. Al día siguiente nada más verme me ofreció una taza de café en la cocina. Yo sabía que tras ese rostro jovial y escurridizo se escondía otro rostro, cuya mirada era más fría y calculadora. Se había alimentado de otras inocencias. Aún así accedí. Estaba acostumbrada a ello. Apenas hablamos, solo nos miramos mientras saboreábamos aquel amargor que fue antesala de nuestro primer beso. Mi cuerpo, antes de conocerle, ya le pertenecía. Cumplí la mayoría de edad a su lado. Apenas salía a la calle, volcada como estaba en complacerle a cada rato. A veces, incluso creí que me quería. Su casa estaba repleta de libros que yo leía a escondidas. Retomé el placer de la lectura como si fuera una debilidad que no pudiera ser descubierta. Era lo único que conservaba de mi antigua identidad. Un momento íntimo, inquebrantable, una sublimación donde sosegaba la sensación de vacío. Cuando Maute se cansó de mí y me abandonó por una alumna del primer curso de secundaria tenía veintidós años. Su casa, me di cuenta, había sido otro internado.

Me vi sola, en la calle. La semilla que me habían inoculado en mi infancia,

germinó en forma de flor estrangulada. Puse precio a mi cuerpo: dos o tres clientes fijos al año. Con el primer puñado de dinero que conseguí alquilé un pequeño piso encima de una panadería de barrio. Volvía a casa cuando el panadero abría la verja para acudir a su puesto de trabajo en el obrador. En el fondo sabía que era otra forma de humillarme a mi misma, pues era en la humillación donde yo me reconocía. Mi carne seguía anclada a un cuerpo cuyo plomo se hundía en aguas estancas. Aquella sombra que siempre estaba presente en mis sueños y desprendía ese sabor a miel en mi lengua... ¿O era yo misma? Pasaba mi tiempo libre estudiando las asignaturas de Literatura en las que me matriculaba.

Mis buenas maneras, mi educación, mi extraña y esquiva belleza y, sobretodo, mis pocos escrúpulos a la hora de satisfacer placeres carnales, poco a poco, me proveyeron de lujos y comodidades. A los treinta años acabé el doctorado con la tesina El sueño de Calderón de la Barca y el pensamiento hindú. Entonces opté por arrendar un par de pequeños apartamentos que había comprado en el centro.

Al recordar a los hombres que han pasado por mi vida y que hicieron suya en forma de vanidad o complacencia desmedida, la corrupción que me poseía, una sonrisa asoma en las comisuras de mis labios. Les enamoré y les perdí a conciencia.

—Te veo pálida. —Clara me toma de la mano—. Vamos a tomar un poco el aire.

Al levantarme tiro una bandeja rebosante de pastas y magdalenas, mi prima Berta se ocupa de recoger el estropicio.

—¡No te preocupes, ve con tu hermana, anda! Hace mucho que no habláis, aprovecha, ¿quién sabe cuándo volverás por aquí?

La madera vuelve a crujir bajo mis pies, Clara camina hacia la esquina más alejada de la galería acristalada, a la derecha del saloncito. Al otro lado del gran ventanal un longevo cerezo refleja el atardecer tardío. Apoya el codo sobre la gruesa repisa de madera, junto a un cenicero repleto de colillas, me sonrío con gesto cansado.

—Antes no te reconocí. ¡Estás tan cambiada! —Enciende un cigarrillo, una

sombra amarillenta tiñe los nudillos de su dedo medio e índice.

Busco un guiño a la juventud:

—¿No habíamos prometido que era nuestro último cigarro?¿Detrás del campanario? ¿Recuerdas?... Moriríamos quemadas en el infierno si fumábamos uno más por castigar de esa manera el cuerpo.

—Sí, como decía mamá... —Arquea las cejas irónica—. Es la última cosa que hicimos juntas...—sonríe—. Creo que era un Ducados lo que fumamos... ¡Puag, qué asco! —Saca la lengua. Reímos juntas, pero el semblante de Clara enseguida se endurece—. Me enfadé tanto contigo cuando te marchaste, que tomé el vicio con ganas. —Respira profundamente—. ¡Y eso que los médicos me lo tienen prohibido!

La miro extrañada.

—¿No lo sabes? —ríe abiertamente— Me extraña que no te hayan puesto al día de lo mío esas víboras. —Hace un gesto con la cabeza señalando a la pared que da al saloncito—. ¡Soy la atracción de la familia, aunque no lo creas! ¡Más que tú!... A ti... a ti casi ya te habíamos olvidados —dice con cierto tono de reproche.

Da una calada al cigarro señalando el Bugatti Galibier color champán que asoma detrás del cerezo.

—¿Quién es él?

—Andrei...

—Debe tener dinero... —Da la espalda a la ventana y golpea el cigarro contra el borde del cenicero—. ¿Le quieres?

—Sí, le quiero.

—Eres una mujer con suerte.

Se acerca.

—¿Son tuyas? —Me pellizca el seno derecho—. ¿no verdad que no? ¡Qué grandes!

Giro el torso sofocada, estoy a punto de darle un codazo: << ¿Se ha vuelto loca?...>>. Mi hermana sigue como si nada, se desata el delantal y se sube la camisa interior. Siento aflicción en las piernas: <<La obscenidad siempre latente en esta casa... En mi carne, en mis vértebras>>. Clara se planta frente

a mí y apretuja el relleno de las cazuelas de su sostén.

—¡Puro algodón! —Ejecuta un gesto como si sujetara un cuchillo con la mano—. ¡Las dos de un tajo! —ríe con amargura—. ¡No me mires así, boba! —Se toca el pelo de la cabeza cortada a lo chico.

Me asombra su franqueza, igual de incisiva que un cuchillo bien afilado.

—Lo superé sin molestar a nadie... —dice con cierto aire de orgullo—. Un año y medio de quimio... Acabé con eso pero aún estoy en tratamiento, me han cortado como un cerdo por fuera y por dentro... .. ¡Ah! ¡Y tengo la menopausia!, ¿sabes? Provocada y todo eso... .. Lo llevo bien... ¡Todos creían que me hundiría! ¡Pero no, he sido fuerte por una vez! —Ríe nerviosa— El divorcio, ¿qué te voy a decir? El muy cerdo me dejó sola. ¡Que le daba grima decía! —Continúa resoluta mientras se recompone el vestuario—. Pero eso da igual ahora, ya está superado... ¡Somos duras como piedras! —Me guiña un ojo— ¡Tú aprovecha ahora a lucir, que nunca se sabe! ¡Luego estás echa una mierda y no sabes cuándo te sentirás persona otra vez! Pero dejemos de hablar de eso, ya estoy cansada de lo mismo... .. Te he traído aquí para decirte que yo te quería... ¡Y mira que eras rara, madre mía!... ¿Por qué te fuiste así?... Me sentí mal, como si te hubiera fallado por algo que ni si quiera supiera.

En ese momento me doy cuenta de que a mi hermana, a diferencia de mí, todo estos años le ha pesado mi ausencia. Pero ni si quiera soy capaz de sentir culpa o rabia por desaprovechar su afecto.

—Hiciste mal en dejarme aquí sola, y sin noticias. Yo siempre pendiente de ti, ¡eras la mayor! —Con tono de sorna hacia ella misma— ¡Tú tan misteriosa!... ¡Ay, qué tiempos! ¡Lo que no me atreví a hacer, lo hiciste tú!... Salir de este pueblo... Sabes que aquí el ambiente siempre ha sido asfixiante y extraño. ¡Ya conoces a mamá y sus exigencias! Acabé siendo buena estudiante y todo, trabajo para el ayuntamiento. Pero lo mío no son las letras, ¡no!, es la informática. ¡Con WIFI he invadido este pacífico pueblo! ¡Ya ves! —bromea. Traga saliva. Después de unos segundos, confiesa con rubor—: Mi hija se llama igual que tú... Lena. ¡Para que veas!...

En ese instante, me aproximo a Clara y la abrazo. Percibo el vacío de la

carne en su torso.

Tabla rasa de mutuo pensamiento.

Las dos cerramos los ojos.

—Te idealicé —logra musitar mi hermana.

Había olvidado sus tímidos abrazos... Un día hicimos el juramento de no separarnos; pero, noche tras noche, el hombre sin rostro susurraba jadeante en mi oído: “Eres tú la única a la que quiero, eres tú en la que encuentro placer”. Por él, fui sonámbula en Derma; por él, perdí todos los afectos. Me supuse sola y abandonada, me alejé también de Clara.

De ganas, lloraría, pero la ausencia se ha instaurado en mi alma.

—Me vas a asfixiar —Clara se zafa del abrazo. Su repentina aspereza me da qué pensar: <<Tenemos más en común de lo que creía>>.

Continúa nerviosa:

—Pero lo que yo quería era enseñarte a mi niña. ¡Para que veas que algo me ha salido bien en la vida!... Ya veo que tú te lo has montado, tan guapa y estilosa. ¡Y qué cochazo! No se habla de otra cosa en Derma!... ... ¡Con lo “mico” e insegura que eras...! ¿Quién lo diría?—Grita—: ¡Lena!, ¿dónde estás?

Atrapa de las orejas a un niño regordete que en ese instante se dispone a chutar un balón rojo a lo largo del mirador.

—¡Ni se te ocurra, granuja, no es momento! —le reprende—. ¡Y ve a buscar a Lena, anda! Hace rato que no la veo.

Me sonrío nerviosa.

—Es Toño, el hijo de Titín, la dueña de la pensión, ¿Te acuerdas de ella?

No respondo. Todo es penumbra en mis recuerdos.

Aunque lo creía imposible, se le han acabado las palabras. Mi hermana enciende otro cigarro y mira de nuevo por el ventanal. La necesidad de entablar lazos conmigo parece un espejismo, tampoco yo sé de qué hablar. Un muro invisible se ha establecido entre las dos de forma repentina. Oímos aliviadas unos pasos a nuestra espalda, el niño rollizo avanza hacia nosotras, desganado.

—¡Aquí te la traigo! —vocifera.

Uno ojos negros y vidriosos destacan en risueño rostro. Lena, unos once años, anda imitando el vuelo de una mariposa hacia nosotras, brazos volátiles y alargados. Aunque, a diferencia de mí, es pelirroja –larga cabellera, pecas pizpiretas-, compartimos el pico de viuda en la frente y dos remolinos en el cogote. Tímida, enseguida se medio esconde en el regazo de su madre.

—¡Se parece mucho a ti! —presume Clara orgullosa—, ¿verdad que sí?... Sobre todo yo diría que en la forma de ser.

La pequeña oculta las manos tras la espalda, gira el tronco sobre la cintura de un lado a otro.

—Ho-la —por fin se decide a saludarme.

Viste un pichi gris con blusa de mangas abombadas, botas azules y blancas. Mordisquea algo en la boca.

—¡Cuántas veces te he dicho que no cojas las pastas ni las magdalenas, que son para más tarde, cuando vengan tus amigas a la hora de la cena! —la riñe Clara.

—Pero si no te he desobedecido, no son pastas... ni tampoco magdalenas. —Gira la cintura de un lado a otro—. Me lo ha dado... tío

—¿Qué tío locuela? Si ni si quiera tu tío Raúl ha llegado al pueblo.

La niña junta todo lo que puede las piernas.

—Le habrás confundido con otra persona—Clara la sujeta por los hombros para coger lo que esconde entre las manos—. ¿Qué más tienes ahí?

Sonrío:

—¡Déjala mujer, tendrá hambre!

—¡Pero no ves qué delgada está!, ¡luego no me come como Dios manda!... Siempre con porquerías...

—Sale a mí —digo para quitar tensión entre la hija y la madre.

La niña saca la lengua a la madre, rebelde. Mi corazón se paraliza, distingo un cuadrado amarillento en la rojez viscosa.

Pregunto con curiosidad:

—¿De qué es el caramelo?

Lena chupetea.

—No lo sé... Su sabor... es raro... pero me gusta—Toma el dulce en su

mano, lo gira con los dedos; sin darle tiempo a reaccionar. Se lo arrebato y lo introduzco en mi boca.

—¿Mamá, por qué hace eso? —Lena niña arruga la cara en un puchero.

<<Ahí esta... El eterno y doliente dulzor... destinado a hacer la saliva más melosa». Recito mentalmente: «Y la sudoración se hizo carne y la carne espíritu libertino, todo era bilis y encogimiento...». Aprieto las manos en un puño, miro a los lados; las paredes se estrechan y alargan, los rostros de Clara y Lena niña se difuminan.«Mi padre muriendo aquí al lado...>>. Me sobreviene una náusea. Siento cómo mis rodillas se doblan y caigo al suelo.

“¿Estás bien?”, oigo a mi hermana decir, “¿Qué te sucede?”.

—¿Quién...? —Echo mano del bolso, apenas puedo hablar—: Quién... le ha dado... ese... caramelo...—Palpó la tableta de píldoras dentro del bolso.

Clara me levanta del suelo y me echa una chaqueta negra encima de los hombros. Me ha conducido hasta una silla en la esquina del mirador. Habla con su hija al oído con semblante grave; a intervalos, me miran las dos raro; no soy capaz de escucharlas aunque estoy cerca de ellas. Intuyo sus alientos habituados a las confidencias. Por momentos creo quedarme sorda, solo percibo las palpitations del corazón. Estoy sudando y me cuesta respirar.

—¡Ve a por un vaso de agua, aprisa! —ordena mi hermana a su hija al ver que he perdido color hasta en los labios.

Su torso me oculta de las miradas. Al percibir la respiración sin senos de Clara, aumenta mi turbación: <<Muchas veces soñé con no poseer ningún voluptuosidad en mi pecho, con los dedos me retorció los pezones guardando la esperanza de provocar su atrofia. No comía para adelgazarlos... No despertar deseo... esa era mi obsesión... Mírate, hermana... mírame a mí... ... ¿Qué será de tu hija en Derma?>>.

Lena niña se aproxima por la puerta del mirador, temerosa de que el agua del vaso rebosante se desparrame. Me entrega el recipiente mirándome sin reparos. Algo veo en ella que me da esperanzas. <<Mira fijamente a los ojos,

el cuerpo y los gestos de otros sin miedo. Aún no han quebrado nada en la niña>>. Bebo a grandes sorbos dejando que el líquido salga a borbotones por las comisuras de mis labios.

—¡Qué cochina es! — censura la niña por lo bajo a su madre.

Cuando la angustia me atenaza, me comporto sin modales. Es uno de mis consuelos. Sonrío a la Lena niña, que espera, impaciente, a que termine de beber el agua del vaso. Luego, toma mi mano. En un susurro me dice:

—Ven, te guiaré hasta él.

Miro a Clara sorprendida, que acaricia el cuello de su hija y cierra los párpados en un gesto afirmativo.

Horas muertas, pétalos alicaídos en el suelo, sombras invadiendo el pasadizo de murmullos y magdalenas. No distingo a nadie en el saloncito. ¿Berta? ¿Prima Carmela? Pasamos al comedor. Migas en sopas de caféina, ojos escrutando a las dos Lenas. Evitamos el camino de sillas como Alicia en su pesadilla. Barrigas llenas, laberinto de medias sonrisas. De la mano Lena niña y yo desoímos los comentarios que nos dirigen, atravesamos varias habitaciones; no reconozco ninguna. Latidos sedientos golpean mi lengua. Miro a Lena niña que toma la delantera en el primer pasillo que encuentra. Los muebles de “Los Torreznos” angostan las dimensiones del pasillo. Me parece haber olvidado andar, cada pisada abre al vacío, sin embargo, la determinación de la chiquilla me empuja a seguir sus pasos.

Hace años que no vivo despierta...

Horas muertas, crucifijo dorado en el hielo de mis labios, mi nombre una y otra vez pronunciado por aquella voz ronca y abrupta. Un mundo sin palabras ni música. Yo convirtiéndome otra vez en niña, queriendo ser muñeca inanimada. El acero asoma en mis papilas gustativas.

Una silueta se alza ante mí, más estática de lo normal, aguarda al fondo del pasillo. A la derecha, la desgastada puerta que abre al que un día fue mi cuarto.

—¡Lena, espera! — intento detener a la pequeña, que corre hacia la figura

masculina.

A pesar de que nos separan pocos metros, el hombre no ha reparado en mi presencia: <<Sus sentidos volcados en la niña...>>. Me escondo detrás de un baúl de roble, a medio camino; un relieve de gárgolas sobresale de la tapa, parece querer probar bocado de mis labios. Encogida sobre el estómago, asomo un ojo por la esquina derecha del baúl. Miro al final de la galería: <<¿Cómo es posible que no le haya reconocido hace un rato?>>. La misma corpulencia, la misma laxitud en los movimientos, la misma anchura de hombros y el mal disimulado cojeo al andar.

Nunca me acercaba al colmenar que estaba cerca del río. En la finca siempre habíamos tenido abejas, primero los abuelos, luego mi padre. Su zumbido me ponía nerviosa. Evitaba la compañía de mi padre cuando nos acercábamos a esa parte de la finca.

Un día, le esperaba otro hombre en la entrada del colmenar.

—¿Quién es él?—le pregunté.

Pero mi padre no respondió, sino que me animó, como había hecho en otras ocasiones, a acompañarle.

—¿No vienes? No tienes porqué acercarte demasiado.

Quizá fue la propia presencia del hombre la que me hizo avanzar hacia el colmenar. Su silueta a contraluz infringía una atracción en mí que nunca he sabido explicar. La máscara que cubría su rostro cubierta por el mosquitero impedía ver con claridad sus facciones. Sin embargo podía intuir el aire cauto y penetrante de su mirada.

Era casi final del verano.

—Es muy difícil hacerlo uno solo, ¿sabes?

Mi padre extraía los panales de miel mientras el otro hombre los transportaba.

—Hay que hacerlo con sumo cuidado.

Yo tenía mucho calor, la máscara con la mosquitera me pesaba, los guantes de cuero me estaban grandes. Mi padre me había prestado dos pares de

calcetines de hombre que tenía subidos hasta las rodillas, debajo de las botas de plástico.

Desde los colmenares mi padre y el hombre acarrearón los panales hasta el almacén donde los encintaron. Acaeció el atardecer, ya habían recolectado las veinte colmenas que teníamos.

—Mañana comenzaremos a extraer la miel —dijo mi padre satisfecho.

En el cobertizo el hombre me ayudó a quitarme la máscara cubierta con la mosquitera.

—Debes estar asfixiada ahí dentro.

Sonreí y me atusé el pelo torpemente.

El color ocre y amarillento de la sustancia viscosa se había instaurado en mis retinas. Me sentía confusa pero ignoraba el motivo. El zumbido de las abejas era un sonido sordo y lejano.

Recuerdo que aquel mes fue realmente fantástico. Había perdido el miedo a las abejas y era capaz de sostener un panal entre mis manos, devolverlo a la colmena. Todo lo observaba con calma y entusiasmo. A través de la mosquitera la visión era casi espacial. Rota en partículas. A veces al final de la tarde bajábamos todos al río a bañarnos.

Cuando acabaron de extraer la miel de todas las colmenas, seguí acompañando a mi padre al colmenar. El hombre ya no acudía a ayudarlo. Una tarde pregunté a mi padre si podía regresar a casa porque me dolía el estómago. Después de desprenderme de la máscara y los guantes me escabullí por detrás del cobertizo, donde había una puerta provisional. La abrí para encontrarme con la persona que pensé que era mi amigo.

No recuerdo cómo llegué a esa situación. Ni si quiera recuerdo su cara o cuál fue la conversación que me convenció para que hiciera algo a espaldas de mi padre. Nunca le había guardado un secreto... Solo su olor. Un olor fuerte; a perfume de hombre, sudor y bosque.

Él me escuchaba y me daba consejos. Era alguien de confianza en la familia, con quien podía hablar de lo que me gustaba, alguien que me hacía sentir bien.

“Sé buena. Quédate quieta”, aún su voz susurra en mis oídos.

Abro la puerta del que fuera mi cuarto.

Las manos rudas de apicultor presionan la pueril cintura. El infierno en mi corazón arde: Lena niña está sentada en las rodillas del tío Fermín, canta la misma canción que canté yo cuando era igual de niña.

Al pasar la barca

me dijo el barquero

las niñas bonitas

no pagan dinero.

Yo no soy bonita

ni lo quiero ser

yo pago dinero

como otra mujer.

La volvió a pasar

me volvió a decir

las niñas bonitas

no pagan aquí.

Al pasar la barca

me volvió a decir

esta morenita

me ha gustado a mi.

Mi inocencia se perdió en disimuladas caricias. Idéntica sonrisa, idéntica postura inofensiva... La dicha de encontrar un amigo pronto se transformó en lasciva oscuridad: ni una sonrisa fue permitida, sus palabras atravesaron mi alma. ¡De qué forma! "Cuando termine contigo, nadie te querrá... ... Te destruiré, ¿me oyes? Te destruiré".

La memoria esta vez no me falla. A mi izquierda, agarro un tarro de cristal del aparador -dentro solía refrescar margaritas-, y golpeo el recipiente contra la esquina del escritorio. Compruebo lo afilado del trozo hiriendo la carne de mi dedo índice.

Tiro de la niña hacia mí.

—¡Corre con tu madre! —La empujo hacia la salida.

Espero a que cierre la puerta para mirar al tío Fermín, a solas, de frente: el rostro que por tantos años tuve olvidado a conciencia se muestra ante mí. Deslumbrador. Doliente. Enmarca una boca extremadamente carnosa y una nariz chata, unos ojos enfermizos y esquivos; la piel, curtida por el Sol, recubre unos pómulos y párpados hundidos, sin rastro de juventud. Tío Fermín tiembla sobre la cama. Me pregunto por qué. No atisbo la mínima inquietud en su semblante. Me acerco y me pongo de cuclillas por si la proximidad y la perspectiva me dicen algo. Ninguna sensación, ningún eslabón desengarzado.

—¿Por qué a mí?

Nada contesta, incluso creo intuir una leve sonrisa en la comisura de sus labios. Sigue temblando.

—¿Por qué a mí? —vuelvo a preguntar levantándome del suelo.

Sostengo en el aire el cristal roto; mi palma chorrea una gota sangre. Tío Fermín continúa sin decir nada, las venas de su cuello palpitan enrojecidas y sus labios están amoratados. Abre la mano y se agarra el pecho en un gesto de ahogo. Cae al suelo y de su mano se desprende otro amarillento caramelo. Lo cojo y lo introduzco en la boca.

Ese dulzor otra vez en mi lengua... Mi alma se desprende de las formas femeninas y carnales, ahora son mis facciones las que se ensombrecen, fenecen

en un último hálito siendo niña.

Horas muertas, el sadismo arañando los muslos, lamiendo el lóbulo de las orejas, abriendo vellosidades espesas.

Antes de que la naturaleza ejecute venganza en mi lugar, rajo el cuello al tío Fermín.

El rojo fluye, generosamente, por el gaznate y la ropa de quien alimentó la amargura durante mi infancia. Miro con profunda satisfacción el charco en el suelo. Va en aumento. Tío Fermín palidece rápidamente, consciente de que pronto llega su final, se retuerce sobre el mismo lecho que acogió las perversidades. Cuando la sangre empapa la punta de mis zapatos abandono la casa con la sensación de haber culminado un deber, hasta entonces, inacabado.

FIN

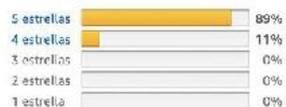
Nota de la autora

Gracias por el tiempo que has dedicado a leer *“El secreto de Lena”*. Si te gustó este libro te estaría muy agradecida si dejas tu opinión en Amazon. Me ayudará a seguir escribiendo historias para lectores como tú. Tu apoyo es muy importante. Leo todas las opiniones e intento ofrecer un feedback para hacer este libro mejor. Puedes dejar tu opinión en la página de este libro en Amazon, haciendo un poco de scroll hacia abajo en el apartado “Opiniones de clientes”-“Escribir mi opinión” en Amazon.es. o en “Customer Reviews”-”Write a Customer Review” en Amazon.com.



28 opiniones de clientes

★★★★★ 4,9 de 5 estrellas



Valorar este producto

Comparte tu opinión con otros clientes

Escribir mi opinión

**¡Gracias
por tu apoyo!**

Biografía de la autora

Clarisa Ligarde (Santander, 1979). Licenciada en Comunicación Audiovisual y experta en Guionización de Cine, es novelista y poeta, a lo largo de su trayectoria profesional también ha ejercido de periodista y editora. Su carrera literaria comenzó con tan solo 16 años cuando recibió el Premio Literario La Vidriera de Camargo, en su tierra natal, por su relato *Pompas de Fuego*. A partir de ahí, es ingente su producción literaria de poema y relatos. Entre los más destacados: *La última noche*, *El Ramal de Hollister* o *El jardín más hermoso del mundo*. Para la autora la literatura es una forma de profundizar en la realidad, ir más allá de las apariencias y acercarse a la belleza. Su primera novela corta, *El secreto de Lena*, se publicó en 2019.